



EL FRIGORÍFICO

Por Michael O'Reilly and Robert Brooks



Hay muchos caminos para llegar a la muerte. Para llegar a la victoria hay uno solo.

—Precepto del Frigorífico N.º 1

Gabriel Feltz no podía respirar. El aire reciclado apestaba a basura caliente, y todo empeoraba cada vez que alguno de los demás veinticuatro pobres diablos que estaban en el lugar exhalaba. Estaban tirados en el piso duro, en plena oscuridad, y el temblor del casco de la nave les hacía vibrar todo el cuerpo. Gabriel no había logrado dormir más que algunos minutos seguidos durante los últimos días.

El temblor terminó con un golpe seco que hizo gritar a algunos de los pasajeros. Se abrieron las puertas e ingresó la luz. Probablemente los pasajeros se habrían sentido agradecidos de no haber sido por la ráfaga de aire helado que entró al mismo tiempo. Los impactó como un golpe físico, les cubrió el cuerpo y les apretó la garganta. Parecía que lo único que había afuera era luz y olor a nieve.

Después una gran sombra dio unos pasos en dirección a ellos y se detuvo en medio de las puertas. Todos sabían qué era esa sombra. Un metro ochenta de altura, corpulento como una estatua y con un arma maciza en las manos. La figura apuntó el rifle y gritó:

—¡Todos arriba! ¡Tienen cuarenta segundos hasta congelarse! ¡Muévanse!

Gabriel salió junto con el resto, las manos sobre los ojos para protegerse de las esquirlas de hielo que había en el aire. Cuando sus pies dejaron la rampa e hicieron contacto con la nieve, Gabriel gritó. Otros guardias vestidos con armadura de combate llevaron a los prisioneros como ganado hasta un grupo de puertas enormes que se abrieron delante de ellos como las puertas del infierno. De ahí salía un aire cálido, y los prisioneros se abalanzaron para entrar.

Cuando las puertas se cerraron, las luces iluminaron el nuevo hogar. El lugar estaba construido por la mano del hombre, de eso no había dudas. Todo era acero y cables, un pasillo

interminable que los internaba más y más en donde fuera que estuvieran. Un guardia ladró algunas órdenes y los prisioneros se movieron hasta que llegaron a otra puerta. Detrás de esa puerta había una sala gigante en la que entraban unos quinientos hombres.

—¡En fila! —gritó el guardia—. ¡El alcaide los revisará!

El alcaide Kejora estaba de pie en medio del centro de mando con las manos detrás de la espalda y observaba las decenas de monitores ubicados frente a él. En cada uno de ellos se podía ver a los recién llegados. No le gustaba el aspecto de ninguno. Nada de qué sorprenderse, claro. Un porcentaje menor de la humanidad era resistente a la resocialización de una u otra forma, pero incluso dentro de ese grupito, su programa solo recibía a lo más bajo de la sociedad: piratas, ladronzuelos, asesinos. Tal vez uno o dos disidentes políticos.

No era la primera vez que pensaba en ejecutarlos a todos, pero ese no era su trabajo. El Emperador Mengsk quería yum-kimiles, y yum-kimiles iba a tener.

—Cuéntame algo sobre ese —dijo Kejora, mientras señalaba un monitor con el dedo—. El séptimo de la fila.

Era un hombre joven y desnutrido, un chico en realidad. Tenía la cabeza y los hombros decorados con quemaduras de aceite, y los antebrazos plagados de cicatrices. Los ojos que se asomaban de su cara maltrecha se parecían a los de un protoss: bien abiertos y sin nada que ocultar.

Uno de los analistas, un alférez, respondió:

—Soldado Samuel Lords. Veintidós años de edad. Asaltos múltiples. Abuso de armamento

militar. Destrucción de propiedad del ejército. Seis asesinatos. El perfil psíquico es algo de no creer, señor.

—Me imagino. ¿Y las cicatrices? ¿A qué se deben?

—Las heridas de la cabeza se las hizo durante una expedición a un mundo dominado por los zerg, señor. Fue uno de los primeros en llegar al colmenar. La operación no estuvo bien planeada; el escuadrón entero entró en contacto con toxinas zerg. De alguna manera, él logró sobrevivir. Las otras heridas se las hizo él mismo.

Kejora acercó la cámara al trazado de tejido arruinado que cubría la cabeza de Lords y pensó en el sumario criminal del muchacho. ¿Cuántas sinapsis habría derretido el ácido alienígena para convertir a ese chico en un gólem? En el entrenamiento se vería si el muchacho era útil para algo. Al alcaide alejó la cámara y se concentró en los otros.

La mayoría de los reclusos nuevos miraban hacia delante o hacia abajo. Algunos de ellos miraban a los guardias de una manera desafiante, pero había un par de ojos que se movía de un lado para el otro, al borde del pánico.

Kejora nunca había visto a alguien con tanto miedo en toda su carrera.

—¿Quién mierda es ese? El vigésimo de la fila.

Los técnicos comenzaron a teclear en sus computadoras, pero después de varios minutos, la pregunta de Kejora todavía no tenía respuesta. El alcaide se dio vuelta y encontró a tres técnicos amontonados frente a una pantalla.

—¿Qué pasa?

—No tenemos casi nada de información, señor. Se llama Gabriel Feltz y fue reclutado en un asentamiento de colonos. No tiene antecedentes penales. Ni siquiera hay notas sobre su aptitud neural.

Kejora frunció el ceño. No sería la primera vez que un burócrata se equivocaba con el papeleo.

—Envía una notificación a Korhal. Necesitamos mucho más que esto.

—Les tomará por lo menos un día contestarnos. ¿Quiere que saquemos a Feltz de la fila?

—No. Ponme en altavoz.

Luego de unos cuantos clics, la luz amarilla que estaba frente al micrófono en el medio del centro de mando se encendió.

La voz de Kejora resonó por todo el salón.

—Bienvenidos al sistema Torus, prisioneros. Están aquí porque nadie más en toda la galaxia los quiere cerca. Esta es la última oportunidad que tendrán de ser útiles al Dominio. En este lugar hay unas pocas reglas que pueden resumirse en una sola frase: se convertirán en yum-kimiles o morirán en el intento. Hagan lo que tengan que hacer.

Por la victoria se paga cualquier precio. El precio siempre es alto.

—Precepto del Frigorífico N.º 2

Una ola de escalofríos recorrió el cuerpo de todos los prisioneros. Sucedió siempre y Kejora nunca dejaba de disfrutarlo.

—El entrenamiento comienza después de su próximo ciclo de descanso y termina cuando yo lo diga. —Hizo una pausa, y agregó—: Bienvenidos al Frigorífico.

Los guardias llevaron a los prisioneros a otro grupo de puertas, aún más adentro del complejo.

Los guardias no entraron con los prisioneros a la habitación, y las pesadas puertas se cerraron. Algunos de los prisioneros miraron alrededor en busca de los guardias nuevos. Robots, todos por lo menos una cabeza más altos que un hombre promedio. Estaban ubicados en unos huecos cavados en el pasillo y llevaban una armadura pesada y cañones Gauss. No se movieron, pero Gabriel se imaginó que podían activarse y desplazarse sobre sus ruedas en cualquier momento.

Ninguno de los prisioneros tenía intenciones de ponerlos a prueba.

En un momento se escuchó una voz femenina muy estridente. Algunos reclusos se quejaron y maldijeron a las adjutoras y demás. La voz les dio la bienvenida formal al complejo de entrenamiento de yum-kimiles y dijo que su deseo era ver que todos los prisioneros se convirtieran en colaboradores valientes del Dominio. Del hombre joven de las cicatrices brotó una risa oscura.

La adjutora describió el complejo muy alegremente, como si fuera una guía turística. Si uno se concentraba en las palabras, el lugar casi parecía agradable pero alcanzaba con mirar un poco alrededor para ver los signos desagradables de lo que estaba por venir. El aire era seco y frío, pero olía a comida. En un muro había una mancha roja y seca. No había ningún premio para el que adivinara qué era.

La sensación de estar siendo vigilados era tangible. Gabriel miró hacia arriba y vio una gran cantidad de aparatos y sensores en todo el techo: sensores térmicos, detectores de movimiento, cámaras y quién sabe qué otra cosa. De privacidad ni hablar.

Después de mucho andar, llegaron a los dormitorios. Era una sección llena de celdas... y no estaban vacías. Unos cien hombres, que probablemente habían llegado algunas horas antes, se acercaron para darles la bienvenida a los recién llegados.

Gabriel sabía que ese no iba a ser un encuentro placentero y se encargó de no llamar la atención. Era evidente que iban a desafiar a alguno de ellos y que lo iban a usar como ejemplo. Como si hubiera escuchado su pensamiento, un hombre gigantesco entró con paso seguro y se acercó a los nuevos prisioneros sonriendo como un cocodrilo.

—¿Qué tememos aquí? —dijo con una voz áspera.

Todos estaban mirando a la víctima que había elegido el bruto. Era el chico de las cicatrices. La sonrisa de reptil todavía adornaba la cara del hombre. Se moría por pegarle una trompada, pero primero quería jugar un poco.

—¿De dónde eres, enano?

—No sé —dijo, sin mostrar miedo ni emoción alguna.

—*No sé* —imitó el grandote y provocó unas risas desagradables a su alrededor—. ¿Qué me dices de tu nombre? ¿Eres tan estúpido que tampoco sabes tu nombre?

—El Lisco.

Gabriel sintió un cosquilleo en los brazos.

Los prisioneros deben pagar el precio de su propia supervivencia.

—Precepto del Frigorífico N.º 3

—Ah, ¿sí? ¿Eres un mutalisco? Mírenlo... Creo que necesita un nombre nuevo. ¿Qué les parece *Enanisco*? Rata inmunda... ¿Qué mier...?

Gabriel no pudo ver lo que veía el grandote pero los otros sí lo vieron y no se estaban riendo. Fue entonces que el chico atacó. Golpeó al bruto con fuerza en el estómago y lo hizo retorcerse. Unas cuantas patadas rápidas y violentas lograron tumbar al grandote, que se quedó inmóvil, gimoteando.

El chico miró a su alrededor con una sonrisa. Era una sonrisa espantosa, llena de dientes y encías irritadas. Una sonrisa de monstruo.

—El Lisco, díganme el Lisco.

El ciclo de descanso no duró mucho. Una alarma pulverizó los tímpanos de los prisioneros hasta que todos salieron de las celdas.

Los llevaron como ganado hasta la cantina, donde una máquina les dio la primera comida: un menjunje poco saludable de nutrientes y quién sabe qué otra cosa. No tenía sabor a nada y no era suficiente, pero era lo único que había. Un prisionero corpulento tomó el plato de Gabriel cuando solo había comido unos pocos bocados. Gabriel decidió no provocar ningún escándalo.

Nadie se sentó cerca del Lisco mientras comía. La mezcla se le escapaba de la boca por los espacios que tenía entre los dientes.

La adjutora los invitó nuevamente al salón, que ahora era una sádica pista de atletismo. Los prisioneros recibieron órdenes de correr, saltar, estirarse y trotar. Una y otra vez. Unos cañones de vigilancia mantenían a los reclusos en movimiento.

El primer día había terminado y todos los hombres estaban exhaustos, maltrechos y con la necesidad de un buen descanso.

La cosa se iba a poner más complicada.

Los días parecían un mismo manchón sanguinolento. No había un ciclo ordenado. La hora de descanso era cuando se le antojaba a la adjutora. La comida no cambiaba, pero el entrenamiento sí.

Decir que las máquinas manejaban el Frigorífico no era suficiente. El Frigorífico *era* una máquina. En todas las habitaciones había un robot de algún tipo, muchos de ellos diseñados especialmente para un tipo de entrenamiento. Los robots tomaban la forma de objetivos en movimiento, compañeros de práctica para técnicas de combate, obstáculos... No existía la misericordia ni la distensión. Los prisioneros no tenían manera de tomárselo con calma.

Los peores días eran los que pasaban en las jaulas de simulación. Los prisioneros debían ir hasta una especie de ataúd con bombillas, cables y cintas, y la adjutora los invitaba a recostarse en su interior. Negarse no era una posibilidad.

Lo que venía luego era una pesadilla. El cerebro recibía estímulos visuales y sonoros, elegidos especialmente para causar una emoción. Gabriel se acostaba en estos dispositivos mientras las máquinas jugaban con sus sentimientos. Sentía euforia, alegría y luego desesperación, una especie de terror que lo llevaba a querer suicidarse para no tener que sentir más.

Todas las sesiones terminaban de la misma forma: los prisioneros se arrastraban desde los dispositivos y caían al suelo, llorando y temblando. Incluso el Lisco respondía a ese tratamiento, aunque en sus ojos había más avidez que miseria.

Después de tres semanas, uno de los prisioneros no se despertó. La adjutora les ordenó a los reclusos restantes que salieran de las celdas. Gabriel llegó a ver a un hombre temblando en una litera. De la boca le salía sangre a borbotones. Cuando los prisioneros volvieron, el hombre ya no estaba.

—Tienes algo raro.

Gabriel miró por encima del banco. El Lisco le estaba hablando. El chiflado no había hablado con nadie desde el día que habían llegado.

—¿A qué te refieres?

—No estás tan asustado como deberías. —El Lisco sonrió. Esos dientes afilados hacían que el gesto pareciera de cualquier cosa menos de alegría—. Te sacan la comida. Se quedan con tu litera. Te hacen esperar para ir al baño. Estás en lo más bajo. Tendrías que estar más asustado.

—Gracias... supongo —dijo Gabriel, mientras comía otra cucharada de su plato de avena insulsa. Nadie más se había acercado a la mesa desde que el Lisco se había sentado. Tal vez Gabriel podría comer su plato entero por primera vez.

Los prisioneros deben protegerse a sí mismos siempre. Todos los momentos de calma son un campo de batalla y todos los campos de batalla son momentos de calma.

—Precepto del Frigorífico N.º 4

—No te estaba halagando —dijo el Lisco. No había maldad en sus palabras; solo una curiosidad perturbadora—. Actúas como un débil. Tienes aspecto de débil. Pero no tienes miedo. Así que no eres débil en realidad. Te escondes.

Gabriel sospechaba que el Lisco no iba a aceptar un "no" como respuesta.

—Calculo que las cosas se van a poner peores por aquí —dijo Gabriel—. Tal vez sea conveniente para mí que los demás me subestimen.

Parecía que el Lisco no lo estaba escuchando. Estaba mirando el moretón violáceo sobre el brazo de Gabriel.

—Eso lo podrías haber evitado.

Era cierto. Habían llenado la pista de atletismo de robots que disparaban balas de goma. Las máquinas se movían con lentitud, no podían agacharse ni esquivar golpes y con suerte podían seguir a un objetivo en movimiento. Eran muy fáciles de evadir.

Entonces un robot proyectó el holograma de un niño. No era sólido y la calidad ni siquiera era buena, pero Gabriel se sorprendió y entró en duda. A modo de castigo, el robot le disparó en el brazo.

—No pude evitarlo —dijo Gabriel, pero el Lisco sonrió con esa sonrisa espantosa.

—Sí, puedes. Yo me doy cuenta. Creo que ellos no. —Señaló el techo.

Gabriel se rió.

—Lisco, ¿nadie te dijo que eres medio raro?

El Lisco se encogió de hombros.

—Yo solo.

Kejora estaba muy activo. Todos los días se hacía cargo de sus prisioneros; organizaba los turnos y preparaba las tandas de nutrientes. Los reclusos no sabían que ya habían comido dieciocho comidas diferentes, cada una de ellas un menjunje de esteroides, neutralizantes y retardante de hormonas... básicamente, veneno. Las tandas eran como un juego de ingenio y, aunque el porcentaje de éxito era elevado, siempre había algún que otro fracaso en las primeras etapas del ciclo de entrenamiento

Miró el registro de la autopsia del prisionero Henisall. Mientras miraba la disección, hablaba con el médico que estaba de pie a su izquierda.

—Entonces, ¿no tienes idea de qué fue lo que lo mató?

—Creo que fue la tanda diecisiete, pero todavía no sé muy bien cómo.

—Está bien. Que vuelvan a la dieciséis. No usaremos la diecisiete hasta que hayamos hecho un análisis completo.

El médico asintió y dejó el centro de mando. Kejora volvió a las pantallas. Los prisioneros estaban haciendo cola para recibir su avena insípida.

Minutos después vio una escena que se había repetido una y otra vez durante las últimas semanas: un prisionero llamado Polek le sacaba el plato a Feltz. Gabriel nunca hacía nada. Hasta ese día.

Kejora casi soltó una carcajada cuando vio a Feltz levantarse de la silla y golpear a Polek en la nuca. Cuando los dos hombres comenzaron a golpearse, la comida voló por los aires y los prisioneros se amontonaron para ver el espectáculo. Los gritos de aliento hacían temblar el salón. Incluso los técnicos del centro de mando dejaron de trabajar para ver la pelea.

Kejora observaba a Feltz con atención. Sus habilidades de pelea habían mejorado, pero todavía no era suficiente. Polek seguramente había peleado dos veces por semana durante sus años de formación, y era probable que Feltz, en cambio, nunca hubiera estado en una pelea real.

El primer golpe que Polek le dio a Feltz fue un puñetazo en la cara que lo hizo tambalear. Luego de otros tres golpes rápidos, Feltz había caído. Polek lo sujetó contra el suelo. Después de eso, Feltz ya no tuvo mucho más que hacer. Su adversario, que era más pesado que él, logró suprimir todos sus intentos de ataque y comenzó a molerlo a golpes como si fuera un pedazo de masa. Los prisioneros lo alentaban. Era una masacre.

Kejora no pudo evitar fruncir el ceño. La política decía claramente que él no tenía que intervenir. *Todos los momentos de calma son un campo de batalla y todos los campos de batalla son momentos de calma.* Si Feltz no podía superar la pelea, entonces no tenía lo que hacía falta para convertirse en un yum-kimil.

Nota de recuadro: *Tu enemigo es tu mejor maestro. Aprende bien.*

—Precepto del Frigorífico N.º 5

Pero, por otro lado, Kejora había sido el creador de esas reglas. Finalmente decidió que podía darse el lujo de romperlas.

Presionó un botón, y el sonido de las sirenas invadió la sala. La luz amarilla frente al micrófono se encendió.

—Se acabó la hora del almuerzo. Regresen a la zona de entrenamiento.

Los prisioneros obedecieron lentamente. Polek se levantó con pocas ganas. Todos se fueron a la cantina y dejaron a Feltz solo, inmóvil.

Kejora se dirigió a uno de sus técnicos.

—Quiero que un equipo de médicos lo levante y lo atienda. Quiero que hable.

—¿Señor?

—Korhal todavía no respondió y ya estoy cansado de esperar. Ese hombre no pertenece a este lugar. Quiero saber quién pensó lo contrario.

* * *

Miles de moretones peleaban por captar la atención de Gabriel en el momento en que se levantó, pero el dolor estaba lejos; era una mera silueta en el horizonte. Se sentía bien, a pesar de no poder moverse. Unas correas lo mantenían amarrado a una cama que estaba demasiado limpia para ser su litera.

—Por fin te despiertas.

Gabriel giró la cabeza para ver de dónde venía la voz. Lo único que veía eran luces que se movían alrededor de una forma indefinida. Una forma indefinida e *imposible* que cambiaba con cada latido de su corazón.

—¿Por qué eres una manzana? Es feo que una manzana se funda en cubos de hielo —dijo Gabriel con una risita tonta.

La voz le ladró una risa corta.

—Disfruta de los sedantes mientras te duren, Feltz.

Gabriel escuchó que una máquina siseaba suavemente y la sensación de paz se evaporó en un instante. La imagen de miles de cubos de hielo bailarines se esfumó y, en su lugar, apareció una enfermería levemente iluminada y la figura del alcaide Kejora.

—¿Te sientes mejor?

El corazón de Gabriel se aceleró y la cabeza empezó a darle vueltas. Estaba alerta y el dolor ya había dejado de ser tan distante.

—No, la verdad que no.

—Acostúmbrate. Es la misma mezcla que le ponen a los estimpacks, aunque esta está un poco diluida en agua. Te ayuda a concentrarte aun en las peores situaciones. —El alcaide se sentó junto a la cama de Feltz—. Generalmente los prisioneros que obtienen tratamiento médico se lo ganan con un desempeño excepcional, Feltz. Tú no has estado aquí lo suficiente. Estoy rompiendo las reglas por ti.

—Me siento halagado.

—Me siento halagado, *señor* —dijo Kejora.

Por un instante, Gabriel pensó en desafiarlo. Solo por un instante.

—Sí, señor.

—Mis ayudantes tienen varias teorías diferentes sobre quién eres, Feltz. —Los ojos de Kejora nunca se separaron de los de Gabriel—. Lo único en lo que estamos de acuerdo es en que no eres material para el Frigorífico. La gente inteligente, concentrada y empática no pertenece a este lugar.

Nunca permitas que un enemigo te engañe con un exterior falso. Mira a través de la trampa, y la amenaza se hará evidente.

—Precepto del Frigorífico N.º 6

—Lamento decepcionarlo, señor —dijo Gabriel, sin poder contener el sarcasmo.

—¿Cómo fue que terminaste aquí?

—¿Cómo dice, señor?

El alcaide se acercó a él.

—¿Qué delito cometiste? ¿Por qué estás aquí?

—¿No lo sabe...? —dijo Gabriel, y agregó rápidamente—: ¿... señor?

—Haz de cuenta que no.

—Sí, señor.

Gabriel trató de controlar sus pensamientos. Ahora más que nunca, su historia tenía que ser sólida...

—Mi hermano y yo fuimos parte de un nuevo reasentamiento hace un año y medio. Resultó ser una mala idea.

—La vida en los reasentamientos no es nada fácil.

—Es *imposible* si el Dominio está a cargo de todo. Primero la burocracia, luego la prohibición de los suministros personales... y dos meses después tuvieron que mandar a la mitad de la colonia a las minas para mantener a los descontentos bajo tierra durante catorce horas por día. Mi hermano fue parte de esas patrullas, y un día desapareció.

El alcaide asintió.

—Entonces tú decidiste hacerte cargo del asunto.

—Fui al juez para hacerle algunas preguntas. No querían escucharme, así que tuve que hablar un poco más fuerte. Cuando me sacó de su oficina, me las arreglé para volcarle una botella de whisky en la camisa. Sus soldados jugaron un poco conmigo, y después me desperté dentro de un transbordador que me estaba trayendo al Frigorífico.

El alcaide Kejora lo miró incrédulo.

—¿Eso es todo?

—No me cree.

—Creo que a un lacayo colonial *le gustaría* enviar a alguien aquí por arruinarle el traje. Lo que no me entra en la cabeza es que *pudiera hacerlo*. —Kejora parecía perdido en sus pensamientos—. No es fácil llegar al Frigorífico, Feltz, y tú no estás listo para este lugar.

—Perdón por echarle a perder el lugar, señor. ¿Qué tiene pensado hacer conmigo?

Kejora sonrió.

—Nada.

—¿Qué?

—El Dominio necesita yum-kimiles. Con eso me alcanza.

—Eso no... Señor... —Gabriel tartamudeó.

—Tranquilo, prisionero —dijo Kejora—. Hemos creado yum-kimiles *de la nada*. La mayoría de tus vecinos de celda no valen ni siquiera el costo del transporte que los trajo hasta aquí, pero aun así les damos una oportunidad. Tal vez un diez o quince por ciento están a la altura de lo que se les pide. Los demás, ni soñarlo. De todas maneras, no es una gran pérdida. Pero tú... —continuó Kejora— tú tienes más cerebro que el resto. Hasta hoy, habías evitado meterte en peleas que no podías ganar. La fuerza bruta no lo es todo. Si puedes arreglártelas aquí dentro, serás uno de los mejores soldados del ejército. Mis yum-kimiles han recibido halagos de los comandantes más respetados del Dominio. En el campo de batalla, mis yum-kimiles son como demonios, y nuestros enemigos les tienen terror. ¿Sabes por qué?

—Porque hacemos lo que tenemos que hacer —susurró Gabriel.

—Exactamente —Kejora se puso de pie—. Grábatelo a fuego. Si quieres vivir, entrena y pelea como los demás y llega al final del programa.

—Así de simple, ¿no?

Kejora ignoró la falta del "señor".

—Estarás listo para volver al entrenamiento en dos días. Te sugiero que te hagas amigo de alguien que te pueda defender de futuras palizas.

Gabriel esperó a que Kejora llegara hasta la puerta.

—Haré lo que tenga que hacer, *señor*. —Algo en su tono de voz hizo que el alcaide se diera vuelta.

—Ya veremos.

Gabriel sentía que las cámaras y los sensores lo observaban todo el tiempo. Logró evitar los conflictos con Polek, y el Lisco se encargó de ahuyentar a los demás prisioneros que intentaron atacarlo.

A los tres meses, la adjutora los invitó a entrar a un cuarto donde no habían estado nunca. Era lo más parecido a una sorpresa que podían esperar en el Frigorífico. El cuarto, largo y estrecho, estaba lleno de trajes blindados. Eran más pequeños y delgados que los trajes de CMC que

usaban los marines. Cada uno de ellos tenía un juego de propulsores en la espalda. Si bien eran máquinas inertes, los trajes parecían estar en tensión, listos para entrar en acción. Al ver los trajes, el Lisco sonrió.

Cuando la adjutora ordenó que los prisioneros se metieran en los trajes, no hubo bromas, sino mucha impaciencia. La nueva fase del entrenamiento comenzó a los pocos minutos, y el Frigorífico se convirtió en un lugar todavía peor.

El primer problema eran los propulsores. En un principio, los prisioneros no tenían el control de los aparatos; la encargada era la adjutora. Parecía divertirse mucho encendiéndolos en los peores momentos y enviando a los hombres contra el techo o las paredes hasta que aprendieran a maniobrarlos. Eran muy comunes los golpes. Dos reclutas murieron a causa de fracturas de cráneo.

Luego comenzaron a entrenar con armas nuevas. La pistola Gauss 45 «Guadaña» era un pequeño monstruo. El traje compensaba a duras penas el culatazo del arma. El campo de tiro quedó hecho un desastre. Varios hombres perdieron la vida a manos de sus propios compañeros de celda.

Cuando finalmente llegaron al setenta y cinco por ciento de precisión en los disparos, la adjutora los felicitó. Luego les pidió que usaran dos pistolas al mismo tiempo.

La parte final del entrenamiento eran las cargas explosivas D-8, diseñadas para destruir edificios. Tenían poder de sobra para cubrir los muros con pedazos de los prisioneros menos atentos. Los objetivos eran preparar y colocar las bombas, pero las condiciones eran extremas e implacables: ruidos estridentes, oscuridad total o luz cegadora, y habitaciones donde no había gravedad. El conteo de muertos y heridos comenzó a subir rápidamente.

Los prisioneros siguieron luchando. Algunos murieron en acción, a otros, como Henisall, los encontraron muertos; unos pocos se suicidaron. Gabriel siguió entrenando. Para él no había otra opción.

Kejora agregó un paso a su rutina. Antes de que se apagaran las luces, revisaba las grabaciones de entrenamiento de Gabriel Feltz. No podía explicar el porqué. En realidad podía, pero no estaba preparado para admitirlo.

Los últimos dos años en el sistema Torus habían sido productivos y satisfactorios. Al salir del Frigorífico, los yum-kimiles iban a donde se los necesitaba y protegían los intereses del Dominio con fuego y muerte. Al Frigorífico llegaban medallas y elogios, muchos de ellos póstumos y secretos. Los nombres de los condecorados se unían a una creciente lista de historias de éxito.

Pero jamás había entrado al Frigorífico un hombre inocente. Por eso Kejora miraba y se preocupaba. Era una amenaza; una muy simple. ¿Qué sucedería si alguien se enteraba? ¿Qué sucedería si la historia de Gabriel Feltz, el colono con una increíble dosis de mala suerte, llegaba a las noticias vespertinas o a la UNN? Incluso esas cabezas parlanchinas arriesgarían su trabajo por una noticia como esa.

La idea de que la información se filtrara no era impensable. Después de todo, alguien ya había violado el protocolo: Feltz nunca tendría que haber llegado al Frigorífico. Kejora todavía no había rastreado a la persona responsable. El juez no le había devuelto los llamados y los registros en las computadoras daban a entender que nadie había dado la orden de transferir a Feltz.

Las notas de los técnicos tampoco eran de ayuda. La personalidad de Feltz era tema de un debate apasionado. Su comportamiento había cambiado. Esa actitud solitaria que lo caracterizaba había desaparecido. Ahora se relacionaba con otras personas, en especial con

Lords, el que se hacía llamar el Lisco. Comían juntos todos los días y eran parte del mismo equipo durante el entrenamiento y los combates. Para la mayoría de los observadores, se habían hecho buenos amigos.

Kejora dejó que los técnicos especularan; no les había contado sobre el consejo que le había dado al recluta. Feltz sabía que formar una amistad con el hombre más temido del Frigorífico le evitaría muchos problemas.

Aún así, él estaba mejorando. Radicalmente. Además, mostraba aptitudes inusuales para la táctica y la estrategia. Tenía potencial para el liderazgo. ¿Y si se unía al rango de los yum-kimiles?

Sería un excelente sujeto de prueba, se decía Kejora. Feltz sería prueba viviente de que el programa de yum-kimiles necesitaba reclutas inteligentes y hábiles en vez de tratar de exprimir las últimas gotitas de valor de la escoria de la sociedad. Ahora se buscaba a los yum-kimiles para la acción en el frente de batalla, pero si existía la posibilidad de perfeccionarlos, todos los comandantes del Dominio exigirían que Kejora recibiera reclutas de mejor categoría.

En pocas palabras: si Feltz triunfaba, sería el inicio de una nueva era en la forma de guerrear del Dominio.

Kejora escribió las últimas notas y cerró el registro de Feltz. Ese día comenzaba la última fase de entrenamiento para el actual grupo de prisioneros.

—Día de graduación —dijo con una leve sonrisa.

Después, pasó la orden del día al personal del Frigorífico.

—Exámenes finales aprobados. Preparen la próxima tanda de comida y activen a todos los depredadores en dos horas. Llegó la hora de incinerar el Frigorífico.

—Algo raro está pasando, viejo.

Gabriel miró al Lisco y le sonrió.

—Hace dos días que estás con lo mismo.

—Sabes bien de qué estoy hablando. —El Lisco se llevó otra cucharada de masa marrón a la boca.

Gabriel tenía que admitir que el Lisco probablemente tenía razón. El entrenamiento se había estancado. Incluso habían tenido tiempo libre para dormir una cantidad razonable de horas durante dos días seguidos. No era una buena señal.

El Lisco golpeó la mesa con la palma de la mano. El golpe hizo que su plato de comida saltara por el aire.

—No sé hasta cuando voy a soportar esto.

Gabriel se estremeció.

—Ya sé.

—¡Tú no sabes nada! —El Lisco se puso de pie de un salto y gruñó—: ¡Ninguno de ustedes sabe nada! ¡Especialmente tú! ¡Te mataré primero! ¡Ahora mismo!

Gabriel trastabilló y se fue hacia atrás. Ese no era el Lisco normal. Si no se callaba, Gabriel tendría que patearle la cara y arrancarle la cabeza a él y luego a todos los demás reclutas hasta que él, y solo él, quedara en pie....

¿Qué? Gabriel recuperó la cordura de repente.

La locura se propagó rápidamente por todo el comedor. Puños apretados, caras contraídas de ira. Primero vinieron los empujones, luego los forcejeos y, finalmente, llegaron los puñetazos. El Lisco parecía haber perdido el control, buscaba desesperadamente a alguien con quien pelear y rechinaba los dientes con fuerza.

Gabriel miró su plato de comida. *La comida. Claro.* Esto tenía que ser obra de Kejora. La furia le quemó en el pecho como si fuera ácido y sus labios retrocedieron hasta formar una mueca involuntaria. Kejora iba a pagar con sangre por todo lo que había hecho: por el entrenamiento, por los muertos y especialmente por Dennis...

¡Basta! Gabriel logró controlar su ira a pura voluntad.

—¡Lisco! ¡Cálmate! Es la comida, ¡es nada más que la comida!

El Lisco no lo escuchó. Caminaba en círculos breves como si estuviera encerrado en una jaula. Gabriel lo tomó de los brazos.

—¡Le pusieron algo a la comida! —El Lisco agitaba la cabeza, pero Gabriel continuó—. No hay zerg aquí, ¿no ves? ¡No hay nada peor que los zerg! ¡Eso fue lo que me dijiste!

Los ojos del Lisco se fijaron en Gabriel.

—Sí —logró decir—. No hay nada peor que los zerg...

Gabriel casi se desmaya del alivio. Así que Kejora los quería aterrorizados y exaltados pero capaces de mantener el control. Esto tenía que ser parte de una nueva prueba. ¿Qué más les esperaba?

El comedor empezó a vaciarse a medida que los prisioneros comenzaron a correr hacia las salidas, gritando y golpeándose. Varios prisioneros se quedaron merodeando. Uno de ellos era Polek. Gabriel arrastró al Lisco hasta él, mientras se resistía a la voz roja que le latía en las venas.

—Nosotros también tenemos que ir yendo.

—¿En qué universo te hacemos caso a ti, enano? —se burló Polek.

Gabriel señaló algo a sus espaldas.

—¿Quieres terminar como ellos?

Siete prisioneros habían reaccionado muy pero muy mal. Cuatro estaban muertos después de varios golpes en la cabeza; otro se sostenía la cara destrozada con las manos. Los últimos dos intentaban ahorcarse mutuamente. Incluso Polek parecía enfermo.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —dijo Gabriel mientras se los llevaba.

Apenas dejaron la locura de la cantina, se encontraron con otro tipo de caos en los pasillos. La voz de la adjutora invadió el complejo.

—Todos los aprendices diríjense a los talleres de la armería 1 a 8 y prepárense para el combate. Esto no es un simulacro. Repito...

—¿Ahora somos fuerzas especiales? —preguntó alguien.

La cabeza de Gabriel se movía de un lado al otro en busca de nuevas amenazas.

—Esto sigue siendo parte del entrenamiento. Manténganse alerta.

—¡Ey! ¿Oyen eso?

Unas garras de metal golpeaban contra el suelo.

Había algo agazapado dentro de la sala. Tenía aspecto y movimientos de gato, pero era una máquina del tamaño de un buitre terran. Giró la cabeza con forma de bala hacia los prisioneros y abrió las fauces de metal. Un gemido espeluznante tomó por asalto los oídos de los reclusos.

—¡Corran!

Los prisioneros salieron disparados por el pasillo; la estampida galopante de las patas metálicas no estaba muy lejos. Uno de los hombres cedió al instinto estúpido de darse vuelta. Momentos después estaba debajo de la bestia metálica y sus fauces le destrozaban el torso.

Nota de recuadro: *Dicta los términos de la batalla. Obliga a tus enemigos a enfrentarte como más te convenga.*

—Precepto del Frigorífico N.º 7

Los otros mantuvieron la vista al frente y corrieron hasta que llegaron a las puertas abiertas de una armería. Entraron con tanta avidez que cualquiera habría pensado que eran las puertas del Cielo.

—¡Cierren las puertas!

Las puertas empezaron a cerrarse muy lentamente. La máquina se abalanzó sobre el hueco y, si bien no pudo ingresar por completo al recinto, su cabeza manchada de sangre logró escabullirse. La terrible boca de la bestia buscaba morder cualquier cosa que tuviera cerca. Después de un tiempo, Polek pudo liberar un arma de los estantes y vació el cargador sobre la cabeza del robot, que quedó hecha pedazos.

Antes de que Polek pudiera alardear, Gabriel señaló algo detrás de él.

—¡Ahí vienen más!

Una manada entera de esas cosas corría hacia ellos. Gabriel empujó los restos destruidos del gato robótico y las puertas se trabaron. Del otro lado se escuchó un golpe fuerte, seguido por el sonido de metal rasgando metal. Una cacofonía de rugidos, que evocaban el sonido de cualquier bestia imaginable, atravesaron la puerta atenuados.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó el Lisco.

Gabriel recorrió la armería con los ojos y vio los trajes de los yum-kimiles, las pistolas, las bombas D-8, hasta un juego especializado de sistemas de administración de estimpacks.

—¿Y ahora qué hacemos? Hacemos lo que tenemos que hacer.

Kejora ojeó los números que transmitían los técnicos. Cuatro prisioneros muertos luego del minuto inicial. Doce muertos al terminar los primeros diez minutos. Había habido peores comienzos.

La comida había funcionado. Kejora había creído que Gabriel Feltz sería una de las primeras víctimas y estaba sorprendido de ver cómo los demás sobrevivientes lo aceptaban tan rápido como líder. El informe del examen iba a ser interesante.

Kejora juntó la punta de los dedos y miró los monitores. Decenas de reclutas peleaban por su vida en todos los rincones del Frigorífico, mientras el personal se escondía en habitaciones secretas y seguras. La puerta que iba al centro de mando daba al pasillo principal, pero la habían cerrado con muchísima antelación para este ejercicio, de modo que quedara inaccesible para los reclutas y las máquinas.

Los prisioneros comenzaron a salir de las armerías. En ese momento comenzó la verdadera prueba: pelear contra hordas de depredadores cuyo único objetivo era atacar a cualquier cosa que tuviera pulso.

Cuando los reclutas comenzaron a moverse por los pasillos, uno de los monitores emitió un sonido. Feltz estaba dentro del traje RP17. Eran cuarenta hombres armados y listos para la pelea. Un tercio de ellos iban solos; no durarían mucho después de la primera tanda de robots. Les esperaban cosas mucho peores que unos gatitos mecánicos.

—¡Aquí no hay zerg!

Otra criatura mecánica con forma de hidralisco apareció y los atacó con sus dos extremidades, que parecían guadañas. El Lisco comenzó a dispararle, mientras gritaba como un chico. Ni siquiera se detuvo cuando el robot cayó al suelo en pedazos.

—¡No hay zerg! ¡Aquí no hay zerg!

Los otros lo ignoraron y continuaron disparando. No había tiempo para calmar al Lisco; todavía quedaban muchísimos zerg falsos por matar.

El escape inicial de la armería había salido bien, pero las máquinas ya habían reemplazado sus pérdidas. No había otra opción que correr, saltar, esquivar, disparar y destruir cualquier cosa que se moviera. Gabriel y su equipo iban dejando un rastro de carcasas y partes destruidas a su paso.

Los robots eran demasiado lentos, torpes y novatos para detenerlos. A pesar de que le dolía el cuerpo y sus pulmones se quejaban, Gabriel estaba encantado. Kejora no bromeaba cuando hablaba del desafío. Era duro, pero se podía llevar a cabo. Y Gabriel lo iba a superar.

Pero primero había que hacer algo. Comenzó a disparar hacia el techo.

Kejora se quedó mirando las pantallas que, de pronto, se habían quedado negras.

—¿Qué pasó?

—Perdimos todos los sensores del pasillo. No tenemos visual de la sección L4.

El alcaide maldijo. Ahí era donde estaba Feltz.

—Hemos perdido a un grupo de yum-kimiles, señor.

Kejora miró la información. Uno de ellos era el RP17.

—¿Están muertos?

—No tenemos información. Nada.

—Entonces, alférez... —dijo Kejora con paciencia fingida— ¿Podría decirme cuál era la información *antes* de que perdiéramos a los yum-kimiles?

—Presión arterial y pulsaciones elevadas, agitación significativa... nada extraño.

Nada extraño para este ejercicio. Kejora sacudió la cabeza.

—¿Alguna anomalía con el traje RP17 antes de la desaparición?

—No, señor, nada significativo.

Kejora respiró hondo.

—¿*Nada significativo...*? ¿Podría explicarme un poco más?

El alférez tragó saliva, el sudor le corría por la frente.

—Eh, sí, señor. El RP17 recargó las armas antes de desaparecer, y sus pulsaciones bajaron un poco —dijo el técnico—. Estaba tranquilo, no creo que los hayan emboscado...

—¡Shh!

Kejora cortó el aire con la mano. Los técnicos se quedaron paralizados. Kejora se paró y agudizó los oídos. Podría haber jurado que había oído un sonido detrás de la puerta del centro de mando. Un sonido muy similar a un...

...estimpack.

Kejora pateó su escritorio y se escondió detrás de él.

—¡Al suelo!

El rugido de dos pistolas Gauss invadió la sala y el escritorio comenzó a temblar cuando las balas impactaron sobre la superficie. Los técnicos gritaron y murieron mientras el aire se llenaba de olor a cobre y pólvora.

Kejora sacó su arma. Era una pistola semiautomática pequeña pero por lo menos era algo. Esperó unos momentos hasta que pasara el caos. Se oían gemidos así que algunos técnicos todavía estaban vivos, pero por el momento tendrían que defenderse por su cuenta. Kejora sabía perfectamente quién estaba del otro lado de la puerta.

—¿Feltz?

El recluta se rió. La adrenalina y los químicos hacían que su voz sonara frenética.

—Sí, señor alcaide. Presentándome para el servicio, señor.

—Fue una emboscada decente, Feltz. Tendré que restarte algunos puntos por revelar tu posición. El sistema de administración de químicos es ruidoso, incluso en el combate. En

general, podríamos decir que hiciste un buen trabajo.

El efecto del estimpack duraba solo unos segundos. Si Kejora lograba alargar la conversación un poco más...

—Viniendo de usted, significa mucho para mí.

Otra oleada ensordecedora de disparos sacudió el centro de mando.

Los enemigos deben enfrentarse y destruirse con eficacia. Los métodos no importan. Usa el cuchillo, la pistola, la bomba o los puños. No dudes nunca.

—Precepto del Frigorífico N.º 8

Kejora se mantuvo en calma. En medio del caos, escuchó pisadas fuertes; Feltz estaba tratando de rodearlo. El alcaide sacó la mano por encima del escritorio y disparó a ciegas, sin ninguna intención de asomarse para tratar de apuntar mejor.

Las pisadas se detuvieron cerca de un grupo de computadoras ubicadas contra la pared más lejana. Unos cargadores vacíos golpearon contra el suelo.

—Falló, alcaide.

—Me imaginé —Kejora cargó su arma—. ¿Algo te tiene descontento, Feltz?

—Mi hermano me tiene descontento, *señor*.

El alcaide recordó la charla que habían tenido en la enfermería.

—¿El que desapareció? ¿Qué pasa con él?

—No le dije toda la verdad, alcaide —dijo Feltz—. Mi hermano no desapareció. Yo sé dónde está. O, mejor dicho, sé dónde estuvo.

—¿En serio?

Kejora necesitaba alargar la conversación todo lo posible. Los disparos en el centro de mando habían activado automáticamente una decena de alarmas silenciosas. Los equipos de seguridad no tardarían en llegar desde todos los rincones del Frigorífico.

Sin embargo, sí tardarían en llegar, se dio cuenta Kejora. El examen final seguía en curso y eso significaba que no dispondrían de una ruta libre para llegar al centro de mando. Tendrían que pelear contra los mismos enemigos que estaban enfrentando los reclutas.

Kejora no creía poder mantener a Feltz entretenido hasta que llegaran los refuerzos.

—Mi hermano estuvo aquí, alcaide. En el Frigorífico, bajo su amoroso cuidado.

El sonido de los dos cargadores que ingresaban en las pistolas de Feltz recorrió toda la sala.

—Tuve que invertir muchísimo tiempo y dinero para conseguir esa información. *Muchísimo*. Ni se lo imagina.

—¿No puedes conseguir un reembolso? Eres el primer Feltz que tenemos aquí.

—¿No ve el parecido familiar? No vale la pena acordarse de los que murieron en el entrenamiento, ¿no? No me sorprende... —Las palabras del yum-kimil se oyeron en medio del rugido del combate distante.

—Me acuerdo de todos los reclusos.

—¿Incluso de los fracasados? ¿Los que no servían para nada?

—Especialmente de ellos.

La voz de Feltz se volvió gélida.

—Mi hermano se llamaba Dennis Staton.

—¿Dennis Staton? Murió a la semana de empezar el entrenamiento. La tanda siete no le cayó muy bien y un par de órganos vitales le quedaron hechos papilla. No fue una pérdida muy grande. Dennis Staton había sido un recluta inútil y mediocre.

Kejora decidió embellecer un poco los detalles.

—Tu hermano tuvo su oportunidad. La misma que tuviste tú, solo que no funcionó.

—Mi hermano *nunca* tuvo una oportunidad —dijo Feltz. El efecto del estimpack se había terminado. El choque químico hacía que le temblara la voz, pero sus palabras no habían perdido nada de su veneno—. Ni de usted ni de nadie.

—Estás equivocado.

—Yo sabía lo que me esperaba. Yo estaba *preparado*. Él no. —El chirrido de los propulsores del yum-kimil iba en aumento. Feltz estaba preparándose para atacar—. Y usted tampoco está preparado. Ha llegado el Señor de la muerte. Ha llegado la hora de la venganza.

—¿Venganza? ¿De qué? —Kejora aferró su pistola—. Tu hermano estaba condenado a muerte, Feltz...

—Mi nombre es Staton.

—Era un criminal, Staton, y uno no muy inteligente. Si hubiera tenido un gramo del autocontrol que tienes tú, habría pasado unas semanas en un calabozo acusado de hurto y nada más —dijo Kejora—. Pero mató a dos civiles para robarles los pocos créditos que tenían en los bolsillos y no llegó a correr más de tres cuabras antes de que lo atraparan.

—Era mi hermano. Se merecía mucho más que este pozo infernal del que estás tan orgulloso.

—Este pozo infernal *funciona* —Kejora recorrió la sala con la mirada en busca de una salida. No había más que opciones malas, caminos muy expuestos—. Dime que no funciona. Dime que no te convirtió en uno de los asesinos más eficientes que vio la galaxia.

—Lo felicito por haber hecho tan bien su trabajo, alcaide —dijo Feltz. Los propulsores de su armadura emitían un sonido demasiado potente para un lugar tan pequeño—. Aquí tiene una pequeña muestra de agradecimiento.

Kejora cerró los ojos. El escritorio no lo protegería de un ataque prolongado. No había ninguna posibilidad de escaparse sin cruzar el campo de fuego de Feltz.

No había salida.

El sonido ensordecedor de una pistola Gauss invadió el centro de mando y la superficie del escritorio resonó y se deformó bajo una ráfaga de impactos de bala. Una segunda P-45 abrió fuego.

Luego una tercera. Y una cuarta.

¿Qué?

El sonido se desvaneció, y Kejora oyó el sonido de un cuerpo blindado que caía al suelo.

El alcaide no se movió.

—¿Alcaide?

Era una voz diferente pero conocida. Kejora sonrió.

—¿Lords?

De las pistolas Gauss del Lisco salía humo.

—Sí, señor.

—Buen trabajo, recluta. —Kejora se paró.

Feltz, y no *Staton*, ya que siempre sería *Feltz* en la memoria de Kejora, estaba tirado en el suelo. En la parte trasera de su armadura había varios agujeros de bala. Kejora se arrodilló cerca de Feltz y le sacó el casco y la máscara. Con cada respiración, leve y entrecortada, emanaba una gran cantidad de sangre arterial roja y brillante. Cada respiración era más débil que la anterior.

Los ojos de Feltz mostraban confusión y aturdimiento. Trató de girar la cabeza para ver al Lisco y de la boca le salió a borbotones una pregunta sin palabras.

Kejora le dio unas palmadas a Feltz en la espalda. En cierta forma, Feltz había excedido todas las expectativas del programa cuando logró romper el bloqueo del Frigorífico a pesar de que, gracias a los efectos de las drogas tenía la mente confusa... y ni más ni menos que en una situación de combate. Había encontrado y arrinconado a su objetivo, y había logrado sortear una cantidad increíble de sistemas de seguridad que estaban destinados, justamente, a prevenir esa situación.

Era una prueba de que el Frigorífico funcionaba con mejores reclutas. Si Kejora lograba llevarle la idea al mismo Emperador Mengsk, en menos de un mes tendría conscriptos de mayor calidad para su programa. Sería necesario hacerle algunos retoques al currículo, pero eso era de esperarse.

El otro yum-kimil miró a Feltz con curiosidad.

—¿Por qué hice eso, señor? Creí que él era mi amigo.

—Eres un yum-kimil, Lords —dijo Kejora.

El Lisco rumió esas palabras en silencio y miró cómo se nublaban los ojos de Feltz. Finalmente, asintió.

—Hago lo que tengo que hacer.

No hay verdad más que en la victoria. Todo lo demás es polvo, desaparece rápidamente.

—Precepto del Frigorífico N.º 9